



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 28.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlín, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS

DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso

HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux

BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Sombreros.—Velo de tul negro con barbas.—Cuello y manguito de frivolité.—Lazo de corbata.—Cama Luis XVI.—Dibujo para cogin.—Dibujos para trencilla.—Cordon trenzado.—Presilla de trencilla.—Corbata de muselina y frivolité.—Medallon para porta-monedas.—Cubierta para silla de jardín.—Adornos de trencilla.—Trage de fulard á listas azules y blancas.—Trage de pelo de cabra maiz.—Trage para niña de 10 años.—Antigüedades gaditanas.—Un colegio de señoritas en provincia.—El insomnio.—Las ilusiones.—Los vecinos de Darlingen, novela de Enrique Conscience.—El salto del caballo.—El polvo.—Problema de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.

SOMBREROS.

N.º 1.—Sombrero de tul negro bordado con cuen-



SOMBRERO N.º 1.

tas negras y orlado con cascabelillos; follage lila de varias tintas; bridas anchas sujetas debajo de la barba por un copete de hojas.

N.º 2.—Sombrero enrejado de paja amarilla con cascabelillos de paja, espigas y flores mezcladas; bridas pequeñas amarillas, atadas por detrás debajo de la castaña.

Velo de tul negro con barbas.

Este velo se compone de una toquilla ó fichú (véase en la página 220 del presente número), de 28 cen-

JULIO DE 1867.

tímetros de alto en su parte media, es decir, en su mayor largo, y solamente de 8 centímetros de alto en cada extremo; su ancho es de 38 centímetros; cada una de las barbas tiene 55 centímetros de largo, 15 de ancho en su borde inferior, y 8 en su borde superior en el sitio en que ámbas se unen al velo.

Este se hace de tul á lunares ó bordado de cañutillo; se le rodea con un encage bordado del mismo modo, y se orla con cascabelillos; su ancho es de 3 centímetros y medio; el borde superior del velo se guarnece con un entredos de 1 centímetro de ancho, por el que se pasa un muelle de metal forrado de seda negra.

Se atan aquellas por debajo de la barba ó por debajo de la castaña, segun se quiera; puede este velo acomodarse á cualquier forma de sombrero, redondos ó cerrados.

Cuello y manguito de frivolité.

El cuello se compone de una fila de rosáceas de frivolité, forradas con una cinta de color vivo, y pegadas á la camiseta por una tirilla.

El manguito, hecho de lienzo fino puesto doble, se adorna con dos filas de rosáceas, y se pega á una sub-manga.

En nuestros números anteriores se encontrarán abundantes modelos de rosáceas de frivolite.

Lazo de corbata.

Este lazo reemplaza á los objetos de ropa blanca fina, que reducidos á su mas simple expresion, ya casi dejan de verse con los paletots actuales; este lazo (véase en la página 220 de este número) se hace de muselina y guipur de 5 centímetros de ancho. Se corta en muselina un pedazo ovalado, que tenga poco mas ó menos 5 centímetros de alto y 3 de ancho en su parte media; se le cubre con dos filas de guipur; un pedacito de muselina representa la traviesa del lazo. Se fija este sobre el paletot por medio de un alfiler de gancho, de los conocidos con el nombre de *imperdibles*.

MUEBLE.

CAMA LUIS XVI.—El modelo de esta cama, hecho de madera dorada, está guarnecido con una tapicería á dibujos *agrisados*, sobre un fondo de seda verde-manzana. Esta combinacion representa el grado mas elevado de la elegancia del modelo cuyo dibujo publicamos; pero este género admite otros grados, menos ricos sin duda, pero no menos bellos.

Se hacen tambien estas camas de madera pintada de blanco, barnizada, adornada con filetes dorados,

ó del mismo color de la tapicería, que tambien puede hacerse de lana.

En fin puede sustituirse la tapicería con una bella persia á dibujos antiguos del estilo Luis XV ó Luis XVI.—No será acaso difícil encontrar en los almacenes de los chamarilleros ó en los desvanes camas muy lindas de la época á que pertenece nuestro modelo; se las puede restaurar y utilizar con mucho menor gasto del que ocasionaria la compra de una cama chapeada de caoba.—A fin de que se pueda ver la tapicería que guarnece el interior de la cama, este se



SOMBRERO N.º 2.

ha dibujado sin todos los colchones que debe tener; por tanto, no hay que tomar este dibujo como modelo de una cama completa, sino considerarlo solamente como reproduccion de un mueble.

Los cutís listados de que nos ocuparemos en el próximo número tienen 80 centímetros de ancho; se encuentra en ellos suma variedad. Los hay grises, con listas azules, color de *herrumbre*, ó listas encarnadas; otros son adamascados.

Dibujo para cugin, taburete, etc

Se ejecuta este bordado á punto ruso, á punto de nudillos, al pasado, á punto de cordoncillo, y á punto de armas, sobre paño ó seda, con torzales de seda de un mismo color ó de muchos colores vivos.

Puede tambien servir para bordado sobre lienzo de fardos, y en este caso se ejecutará con lana.

Dibujo para trencilla.

Se ejecutará este dibujo para adornar los trages ó confecciones, ya formando presillas, ya sirviendo de orla, duplicándolo, poniéndolo en línea recta en el borde de un traje ó de un zagalejo, y separándolo del dibujo siguiente por un espacio de 2 cents. Al emplear el término de *duplicar* el dibujo, queremos decir que se repetirá en sentido inverso, de modo que se forme una presilla prolongada, y redondeada por ámbos extremos.

Gordon trenzado.

Esta labor puede tener muchas aplicaciones. Hecha de cordon fino de seda un solo color ó de varios, podrá emplearse para guarnecer el borde inferior de los trages, las costuras de los paños, etc., ejecutada con cordon grueso de lana, se harán con él abrazaderas para cortinas y portiers; estas abrazaderas son siempre *dobles*, es decir, que siendo su largo comunmente de 90 cents., se hará para cada abrazadera un metro y 80 cents. de cordon; conviene para las cortinas de persia de lana y para las bordadas sobre lienzo grueso.

Se emplean ocho cabos de cordon, cada uno de ellos, devanado en un ovillo.

Para principiar el cordon trenzado se dejan treinta centímetros de largo á cada cabo de cada ovillo; pasado este largo se fija el cordon sobre el ovillo, empleando un alfiler grueso.— Se cosen unos con otros los extremos de las ocho hebras, se las toma entre el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano izquierda, de modo que los cordones estén colocados en diferentes direcciones, y con la mano derecha se cruzan dos hebras opuestas. Para continuar esta operacion habrá que seguir un cierto orden, y el trabajo se simplificará si se pone en cada hebra una targetilla con un número, como lo indica el dibujo. Estas targetillas deben ser movibles, á fin de poder seguir el largo del cordon.

Se cruzan siempre las hebras 1 y 1,—2 y 2,—3 y 3,—4 y 4.—Hay que tener cuidado de que por cada lado de las hebras que se cruzan haya tres hebras.

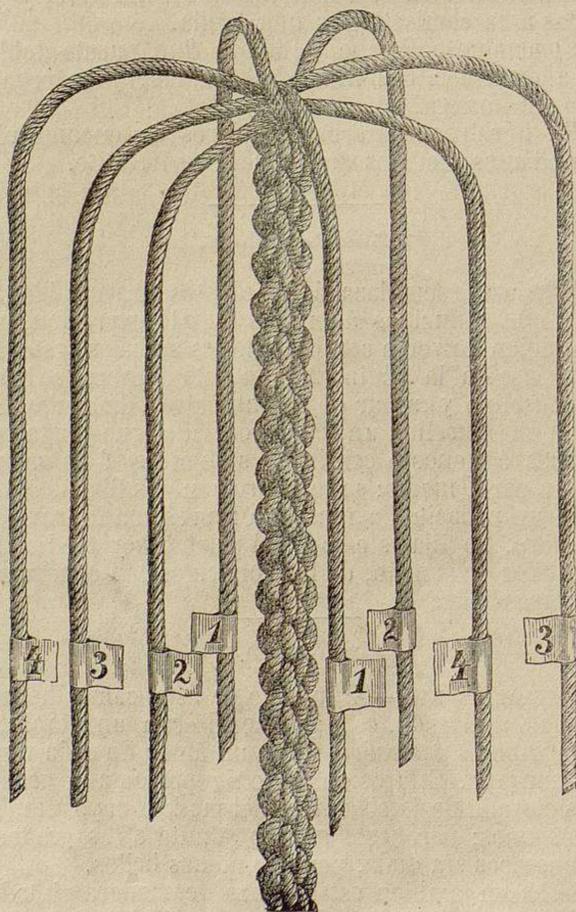


DIBUJO PARA COGIN, TABURETE, ETC.

Será mas fácil ejecutar este cordon si se emplea una canastilla, en cuyo fondo se fije su cabo por un peso cualquiera (como por ejemplo una llave), mientras que los cabos que aun no se han cruzado caigan sobre el borde de la canastilla.

Presilla de trencilla.

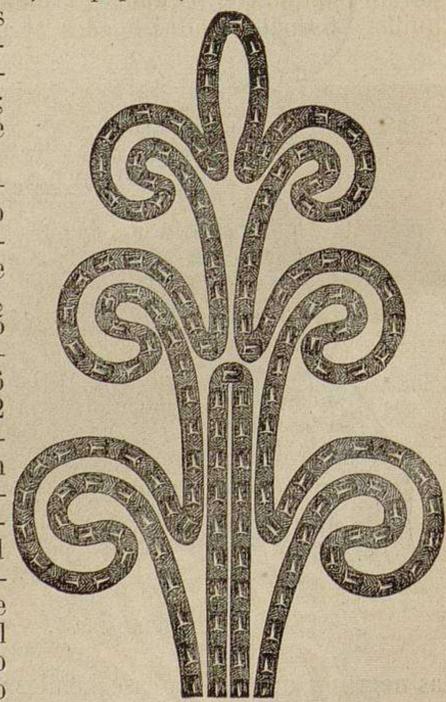
Se emplea en los mismos casos que el dibujo an-



CORDON TRENZADO.

40 dobles nudos,—1 piquillo,—2 dobles nudos,—un piquillo,—10 dobles nudos. Se ata la hebra al mas próximo piquillo,—un círculo como el anterior, atado al piquillo siguiente,—1 círculo de 9 dobles nudos,—1 piquillo,—9 dobles nudos atados al piquillo siguiente,—2 círculos cada uno de 7 dobles nudos ligados á los piquillos correspondientes,—1 círculo de 8 dobles nudos,—1 piquillo,—8 dobles nudos ligados con elmas próximo piquillo. Vuélvase una vez desde *; fíjese y córtese la hebra.

3.ª vuelta. — Se ata de nuevo la hebra y se hace: * 1 círculo de 6 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos,—1 piquillo,—6 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—5 dobles nudos,—1 piquillo,—6 dobles nudos; se ata la hebra al primer piquillo del 2.º círculo de la 2.ª vuelta, y se hace el círculo siguiente: 5 dobles nudos ligados con el último piquillo del anterior círculo de esta vuelta,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—4 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos, todo ello ligado con el mas próximo piquillo del 2.º círculo de la 2.ª vuelta;—otros 6 círculos iguales, entre los cuales la hebra se ata siempre (véase el dibujo) al mas próximo piquillo de un círculo perteneciente á la



PRESILLA DE TRENILLA.

terior, y con las mismas combinaciones; se la puede bordar con canutillos de azabache, como indica el dibujo.

Corbatas de muselina y frivolité.

Cada una de estas corbatas se compone de una tira de muselina blanca, de 90 centímetros de largo por 8 de ancho; en cada uno de sus lados largos se hace un dobladillo.

Los extremos se adornan de *frivolité*, ejecutada con hilo del número 100.

N.º 1.—CORBATA.—Rosácea ovalada, de *frivolité*, puesta en el extremo de la corbata cortado en triángulo, el cual se guarnece con un falso dobladillo de 1 centímetro de ancho, y un encage de *frivolité*. Se principia la rosácea por el centro, haciendo un círculo que se compone de un doble nudo,—1 piquillo,—1 dos veces seguidas dos dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—3 dobles nudos,—1 piquillo,—dos veces seguidas 4 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—3 dobles nudos,—un piquillo. Vuélvase una vez desde † hasta †,—2 dobles nudos.

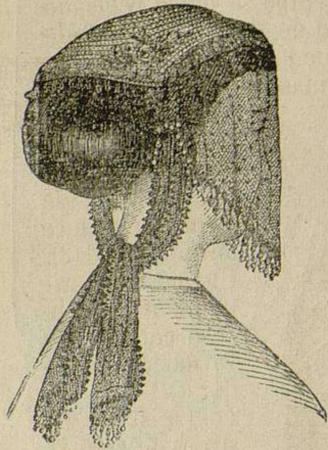
Se cierra el círculo, y para empezar la 2.ª vuelta se ata la hebra al primer piquillo de la primera vuelta;—un círculo compuesto de

puntos sencillos, picando siempre el crochet en el lado de delante de cada punto de la 4.^a vuelta.

La 6.^a vuelta se hace con la lana clara, y se compone de puntos sencillos, hecho cada uno en el lado de detrás de cada punto de la 4.^a vuelta. El centro está terminado.

7.^a vuelta.—* 2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto de la vuelta anterior,—1 sencillo.

8.^a vuelta.—* 3 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo feston.



VELO PUESTO SOBRE EL SOMBRERO.

9.^a vuelta.—3 puntos sencillos sobre cada feston.

10.^a vuelta.—Como la 5.^a

11.^a vuelta.—Como la 6.^a

12.^a, 13.^a, 14.^a, 15.^a y 16.^a vueltas.—Como la 7.^a á la 11.^a vueltas.

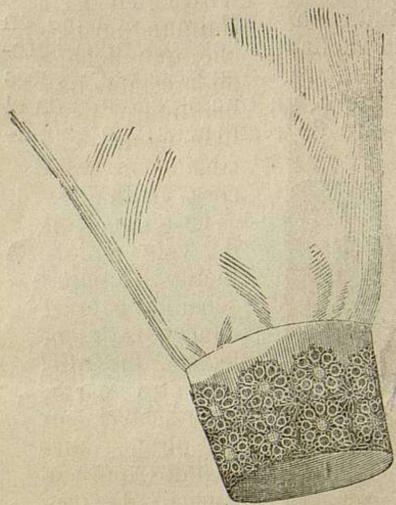
17.^a á 19.^a vueltas.—Como la 7.^a á 9.^a vueltas.

20.^a vuelta.—Alternativamente una brida con la lana clara y otra con la lana oscura, cada brida debe terminarse con la lana que sirve para la brida siguiente; en diferentes puntos se hacen dos bridas en el mismo punto, para que la cubierta quede plana.

21.^a vuelta.—En cada punto uno sencillo.

Las 22.^a á 31.^a vueltas se componen de dos repeticiones de las 7.^a á 11.^a vueltas.

La 34.^a vuelta es igual á la 20.^a Se principia en seguida la orla; esta se compone de festones de puntos en el aire, que se entrecruzan y se hacen alternativamente con dos lanas. Un dibujo especial reproduce esta orla en tamaño natural; allí se ve que se hace, con la lana clara sobre una brida clara de la última vuelta, un punto sencillo,—5 en el aire,—uno sencillo, sobre la brida clara siguiente. Se deja deslizar el bucecillo fuera del crochet; se deja la hebra por el derecho de la labor; se toma la lana oscura, y sobre la brida oscura se hace un punto sencillo,—5 en el aire,—1 sencillo; se deja deslizar el bucecillo fuera del crochet, y se repite siempre lo que se acaba de hacer.



MANGUITO DE FRIVOLITÉ.

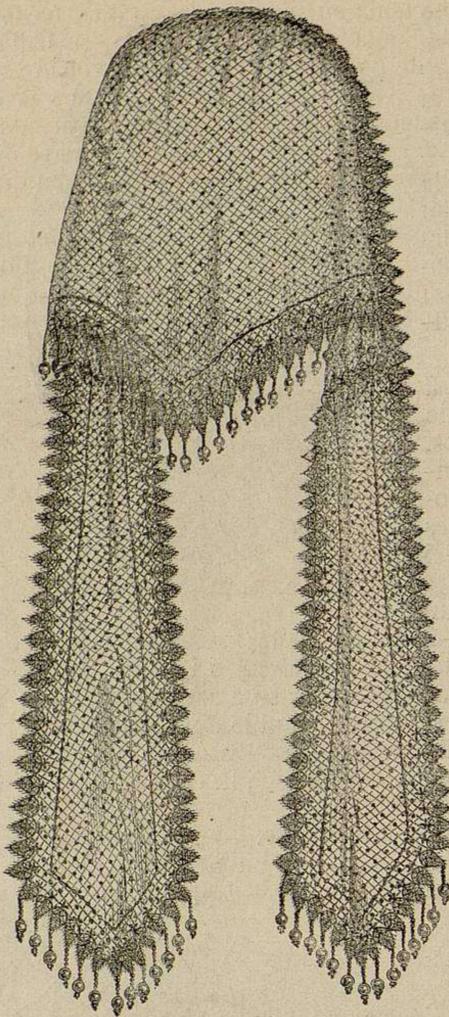
Esta orla puede sustituirse con otra cuyo dibujo tambien publicamos; se compone de 4 vueltas, haciendo la 1.^a sobre la 34 de la orla.

1.^a vuelta de la 2.^a orla.—Lana oscura; * un punto sencillo sobre una brida, luego en el siguiente 1 sencillo,—3 bridas,—un punto sencillo. Vuélvase desde *.

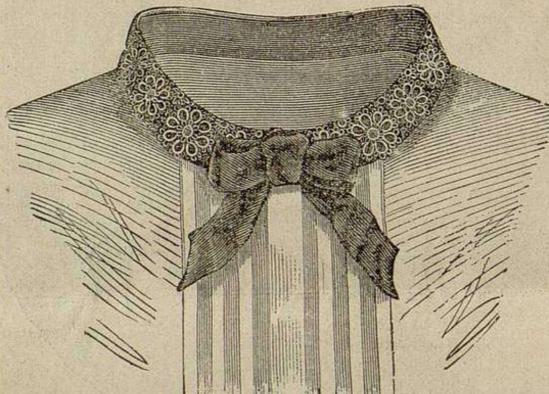
2.^a vuelta.—Lana clara; alternativamente una brida picando, por encima de la anterior vuelta, en la mas próxima brida de la última vuelta de la cubierta, y un punto en el aire.

3.^a vuelta.—* Tres puntos sencillos sobre cada punto en el aire de la vuelta anterior;—al hacer cada 2.^o punto de estos 3, se pica el crochet al mismo tiempo en el lado de encima de la brida del medio de la 1.^a vuelta.

4.^a vuelta.—Lana oscura; * un punto sencillo sobre un punto de la vuelta anterior;—se pasa el siguiente y en un solo punto se hacen tres bridas, terminando la última con lana clara; se pasa un punto, y



VELO DE TUL NEGRO.



CUELLO DE FRIVOLITÉ.

con la lana clara se hace uno sencillo; se pasa un punto; se hacen 3 bridas en el si-

guiente, terminando la última con la lana oscura; se pasa un punto. Vuélvase desde *.

Adornos de trencilla.

Dibujos aislados de trencilla, para adornar trages, chaquetas, paletots, etc.

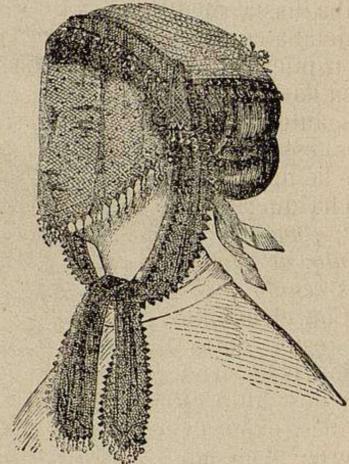
ANTIGUEDADES GADITANAS

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES.

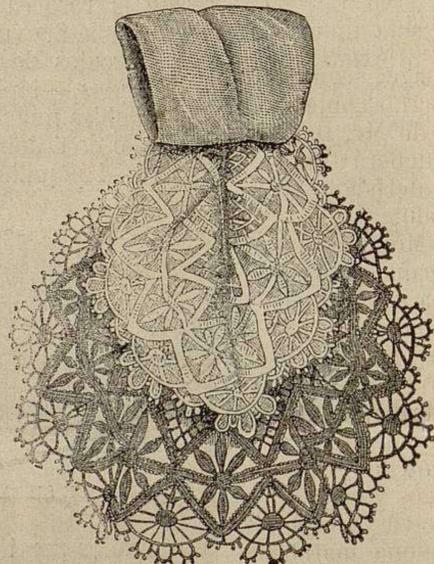
Célebres en la historia son las columnas de Hércules, el fundador de Cádiz (1). Mucho han escrito acerca de ellas los historiadores de esta ciudad y otros eruditos, pero sin acertar á resolver este curioso problema geográfico. La opinion mas general las ha colocado en los dos montes Calpe de España y Avila de Africa (2). Un orientalista moderno la ha confundido con el templo de Hércules, situado en la pequeña isla llamada antiguamente *Neradeum* y hoy Santi-Petri (3). Mas afortunadamente en nuestros dias el célebre anobista holandés Mr. Reinhart Dory, en un interesante estudio sobre *los normandos en España* (4), ha ilustrado suficientemente esta antigüedad gaditana con la consulta de los autores árabes y de algunos documentos latinos, no bien apreciados hasta entonces. A las investigaciones y estudios de este distinguido escritor debemos cuanto vamos á decir en este breve artículo, acerca de las columnas de Hércules, esperando merecerá la aprobacion de los eruditos gaditanos.

«Todo el mundo (escribe Mr. Dory) ha oido hablar de las columnas de Hércules en Cádiz; mas aunque

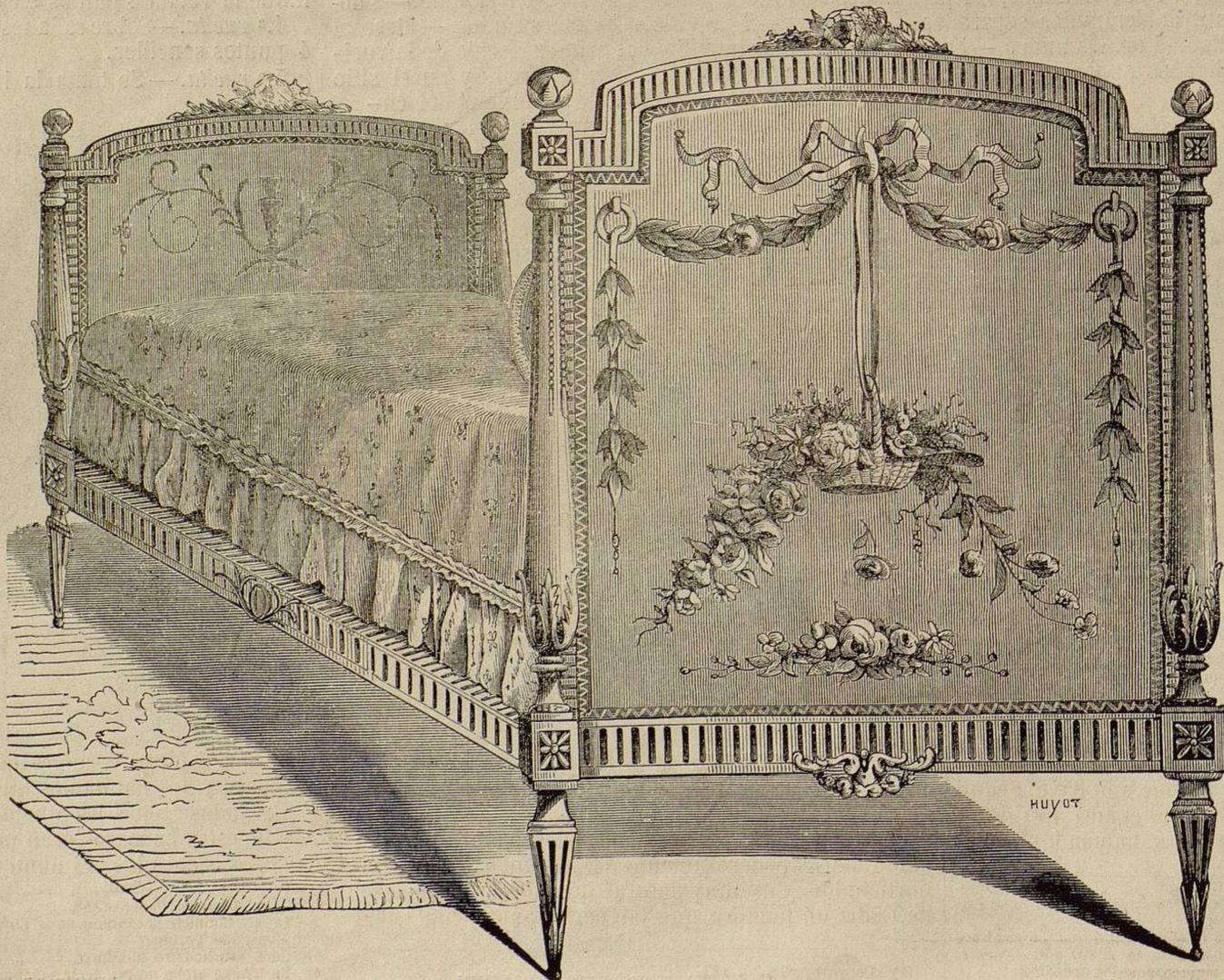
los autores clásicos las mencionan con frecuencia (5) solamente por los autores árabes (6) y por el pseudo Turpin (7) sabemos lo que significa aquella expresion. Los árabes conocian muy bien estas famosas columnas que existieron hasta el año 1145, y han dado acerca de ellas descripciones minuciosas. Eran muchos pilares redondos de piedra dura, que se hallaban en el mar (8) unos sobre otros, te-



VELO PUESTO SOBRE EL SOMBRERO.



LAZO DE CORBATA.



CAMA LUIS XVI.

(1) No importa á mi propósito el discutir sobre la existencia de Hércules. Real ó crítico. Hércules representa la colonización, cultura y señorío de los Fenicios en las cortes de la Bética.

(2) V. Flores, *España Sagrada*, X, 40.

(3) V. Dory en sus *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen âge*, I, n. 35 de los apéndices; p. XCII.

(4) Inserto en su mencionada obra, p. 271 y siguiente del tomo II. Véase p. 327 y siguiente y apéndice n. 35.

(5) Véase á Suarez de Salazar en sus *Grandezas y antigüedades de Cádiz*, ps. 149 y 150.

(6) El Cazwini, el Dimixqui é Ybn Yyas citados por Dory en la nota 1 de la p. 329.

(7) Turpini, *Historia de vitá Caroli Magni*, cap. 3.

(8) Segun el geógrafo árabe Ybn Yyas las columnas de Hércules estaban sólidamente construidas en el agua, y segun el pseudo Turpin, en la playa: *in maris margine*.

niendo cada uno de ellos quince codos de circunferencia y diez de altura, y estaban sujetos entre sí con hierro y plomo. La altura de todo el edificio era de sesenta codos y según otros de ciento, porque los geógrafos no concuerdan en esto; mas careciendo de puerta, no era posible entrar en él. Encima había una estatua de bronce de seis codos de altura, que representaba un hombre con larga barba, vestido con un ceñidor y un manto darado que le llegaba hasta media pierna. Con su mano derecha sujetaba contra su pecho la falda del vestido, y en la izquierda, que extendía hacia el Estrecho, tenía una llave. Según los autores árabes, esta actitud de la mano derecha quería decir: —*vuélvete al punto de donde has venido.*

Con el auxilio de estos datos, suministrados por los autores árabes, explica y corrige el mismo Dory un pasaje muy oscuro de Isidoro Pacense, en el capítulo 36 de su crónica, donde refiere el arribo á España del conquistador Muza.

Corregido este pasaje, según la discreta conjetura de Mr. Dory, se deberá traducir del siguiente modo:

«Mientras que España era desolada por los mencionados invasores (Tharic y sus hereberes), siendo trabajada juntamente por el furor de los enemigos y la guerra civil, Muza en persona marchó contra esta nación miserable. Pasó por las columnas de Hércules (1) cuya estatua tenía el brazo estendido, indicando con el dedo pulgar (2) la entrada del puerto (de Cádiz) y pronosticando con su llave la conquista de España ó franqueando sus puertas. Por tal manera penetró en la península para destruir del todo un país ya saqueado y bárbaramente acometido (3).»

Según el cronista de Carlos Magno (el pseudo Turpin) y cierto autor arábigo, la estatua no tenía en su mano una llave, sino una clava ó baston. Pero este testimonio no se opone en rigor al del Pacense y al de varios escritores arábigos que mencionan, no baston sino llave. Según el célebre cosmógrafo Cazwini, en el año 400 de la hegira, 1009 ó 1010 de nuestra era, habiéndose caído

la llave que tenía en su mano la estatua, fué llevada al señor de Ceuta, y como fué pesada, se halló que su peso era de tres libras. La llave no volvió ya á su antiguo sitio, siendo reemplazada por una pequeña clava ó baston. Esta fué la causa de la aparente contradicción que se nota en los autores y que se desvanece teniendo en cuenta la distinta época en que escribieron (1).

Cuando los normandos cayeron sobre las costas de España, en el siglo IX, devastando el litoral andaluz, repararon con admiración en el antiquísimo monumento de que hablamos, y por lo mismo dieron á la

draba entonces.»

Las columnas de Hércules existían en 1133, siendo conocidas con el nombre de *la Torre de Cádiz*. En dicho año, según cuenta un antiguo cronista, penetró hasta aquel apartado confin de la Península el Emperador D. Alfonso VII, después de asolar gran parte del Andalucía (1). Pero doce años después, en 1135 fueron destruidas por el almirante Ali ben Isa ben Maimun, que por este tiempo se había rebelado en Cádiz. Teniendo necesidad de dinero y habiendo oído decir á los gaditanos que la estatua era de oro puro, (2) mandó derribarla; mas resultó que era de

bronce y cubierta con una lámina de oro el cual, sin embargo, se estimó en doce mil dinares (3). Un geógrafo árabe cuenta este suceso con alguna variedad diciendo:

«La isla de Cádiz es de la jurisdicción de Sevilla, y en ella había una estatua que tenía en su mano una llave. Mas luego que se rebeló en Cádiz el almirante Ali ben Isa, sobrino del alcaide Abu Abdallah ben Maimun sospechó que debajo de la estatua había dinero; pero habiéndola derribado, no halló cosa alguna.»

La destrucción de este monumento, aunque sensible bajo el concepto arqueológico, fué útil, por otra parte, para acabar con los piratas normandos, que por espacio de tres siglos no habían cesado de infestar aquellas costas, guiando y para su arribo de la colosal estatua que avistaban desde lejos. Un geógrafo arábigo español que vivía á mediados del siglo XII, dice así:

«Veíanse antiguamente en el océano grandes navíos, á quienes los andaluces daban el nombre de *Corcur*, y que tenían una vela cuadrada á la proa y otra á la popa. Estos navíos llevaban hombres de una nación conocida por *Magus* (4), hombre fuertes, atrevidos y muy diestros en la navegación. Cuando desembarcaban en la costa, lo

metían toda á fuego y sangre, por lo cual, apenas se aproximaban, los habitantes huían hacia las montañas, llevándose todas las alhajas de valor. Las invasiones de estos bárbaros eran periódicas, acaeciendo cada seis ó siete años. El número de sus naves nun-



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de fulard á listas azules y blancas.—Corpiño montante de muselina con entredosos de encage. Coselete de tafetan azul, con faldetas recortadas, y presillas formando hombreras, todo ello con flecos de euentas blancas.

Trage de pelo de cabra maiz.—Corpiño montante de mu-

selina blanca; coselete de tafetan negro.

Niña de 10 años.—Trage de linó gris, adornado por abajo con rulos de tafetan cereza, formando greca. Coselete de tafetan cereza, con bandas atadas por detrás. Cascabelillos de pasamanería cereza.

bahía de Cádiz el nombre de *Karlsar*, que quiere decir *las aguas del hombre grande*. «Este hombre de 9 piés (dice Mr. Dory) puesto encima de las columnas de Hércules, esta estatua verdaderamente colosal, debió herir poderosamente la imaginación de los normandos, y es muy natural que diesen á la bahía de Cádiz un nombre que tan perfectamente la cua-

(1) Dory, ib. p. XC y XCI.

(3) Aquí suprime Dory las palabras *Gaditanum fretum*, que en su juicio son una glosa.

(2) Por dedo pulgar traduce Dory la palabra *tomi* ó *tumi*, que ofrece una variante del texto de Isidoro Pacense. Esta es la voz gótica *thuma*.

(3) Dory, obra citada, p. LXXXIX y siguiente de los apéndices.

(1) *Cron. Adefonsi Imper.*, c. 88.

(2) Tal era también la opinión de la Europa cristiana, como se puede ver en el pseudo Turpin.

(3) Unos veinticuatro mil duros.

(4) En lengua árabe quiere decir paganos (Magos).

ca bajaba de cuarenta (1) y á veces llegaba hasta ciento. Estos piratas devoraban cuantas personas hallaban en el mar. Conocian la torre de que hemos hablado (la torre de Cádiz ó Columnas de Hércules), y navegando en la direccion señalada por la estátua, lograban entrar en todo tiempo por el Mediterráneo y asolar las costas del Andalucía, así como tambien las islas adyacentes, llegando algunas veces hasta las mismas playas de la Siria. Pero habiendo sido destruida la estátua por orden de Ali ben Maimun, como anteriormente digimos, no se volvió á oír cosa alguna de estos hombres, ni se volvieron á ver sus *Corcur* en los lugares de costumbre, excepto dos, de los cuales uno se fué á pique en *Marza Almagús* (el Puerto de los Magus) y el otro cerca del Cabo de Trafalgar.» (2)

F. J. SIMONET.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

—Casarte! Serás capaz de pensar en eso, hijo mio? Tú, apenas tienes veinte y dos años, y ella no posee otra cosa en el mundo mas que sus atractivos, los cuales sabe explotar bien hábilmente; forzoso es convenir en ello.

—Oh! Padre mio, no blasfemeis! interrumpió el joven palideciendo. Me marcharé; pero que ni una sola palabra se pronuncie aquí que pueda ofender en lo mas mínimo á ese ángel, á quien debeis sin duda la vida de vuestro hijo!

—Tienes razon; he sido injusto; mas es una cosa bien triste para un padre el ver como un amor loco viene á destruir los brillantes proyectos que habia formado respecto del porvenir de su hijo!

—Y en su felicidad, padre mio, no habeis pensado tambien?

—En una edad como la tuya no se comprende en donde está la verdadera dicha; pero dejemos obrar al tiempo. Marcharás en la semana próxima y probablemente encontrarás en la vida parisiense sobrados motivos que te harán olvidar una pasion de niño.

—Dios lo quiera! exclamó el joven con tristeza.

A la semana siguiente, en efecto, marchaba Gaston á París, encargado de una mision especial para el ministro de Hacienda.

VIII.

EL CRUP.

Hacia ya ocho dias que el hermano de Estela se habia casado. Una mañana, á las cinco, se detuvo á la puerta del colegio una silla de posta. Estela se iba á París. Salia furtivamente y con los ojos húmedos del cuarto de Blanca, cuando al atravesar el dormitorio, caminando en las puntas de los piés, sintió que le tiraban por el vestido. Se volvió y vió á Enriqueta.

—Malvada! dijo la niña reconviéndola, te ibas sin abrazarme! Vas á París y allí te olvidarás de la pequeña Enriqueta, como ese pícaro Gaston que no me ha escrito una sola vez desde que se ha marchado.

—Yo te escribiré, contestó Estela abrazándola, pero déjame marchar, querido ángel, que el carruaje está esperando.

—Espera un poco, insistió Enriqueta, sin soltar el vestido de su amiga; tú le verás sin duda, abrázalo en mi nombre y dile que siempre lo quiero mucho.

—Desempeñaré tu encargo, dijo la joven sonriendo, y luego volveré á tu lado en seguida. ¿Qué quieres que te traiga de París?

—A Gaston! exclamó vivamente la niña.

—Eso sería un poco difícil; además, si vuelve, ya puede hacerlo muy bien sin necesidad de mi compañía.

—Pues entonces, tráeme una muñeca de Giroux, con sus vestidos en una caja, como la que tiene Eloisa.

—Bien, te lo prometo.

—Vuelve pronto.

—Ya quisiera estar de vuelta.

—De veras?

—Muy de veras.

—Ah! pues vete al instante para venir mas presto.

Y se arrojó al cuello de la joven.

—El postillon se impacienta, señora, dijo la doncella de Estela, que entraba en este momento en el dormitorio.

—Adios, adios, hasta la vuelta! exclamó Estela arrancándose de los brazos de la niña, que lloraba.

Y huyó precipitadamente.

Enriqueta se volvía á su cama con el corazon oprimido, cuando oyó un sollozo en la habitacion de Blanca; penetró en seguida en el cuarto y encontró á la joven con el pañuelo en los ojos.

—Pequeña mamá, le dijo, apoyando su cabecita en la almohada de aquella, tengo mucha pena por la partida de Estela, ¿quieres consolarme un poco?

Blanca por toda respuesta cogió la niña en sus brazos y, subiéndola á la cama, la cubrió de besos y de lágrimas. Muy pronto Enriqueta cesó de llorar y se durmió sobre el seno de su amiga, mientras que esta permanecia con los ojos fijos en el rostro de aquel tierno ángel.

—Cómo se le parece! murmuró suavemente, y sus lágrimas corrieron de nuevo.

Transcurrieron tres meses. La estancia de Estela en París se prolongaba y sus jóvenes amigas, sin haberla olvidado, habian tomado ya su partido respecto de esta ausencia. Enriqueta hablaba frecuentemente de ella, pero soportaba su falta con paciencia. Blanca únicamente se sentia aislada por completo. Quería á Enriqueta con la ternura de una madre y además, ¿no era aquella niña tan hermosa, tan amante, la hermana de Gaston? Desde la partida de Estela la pobre joven vivia abstraída en sí misma y siempre asediada por un solo pensamiento. Muy pronto llegó á alterarse su sueño y no dormia mas que una ó dos horas, despues de pasar muchas de vorador insomnio.

Una noche en que el calor era extremado habia salido de su cuarto para buscar un poco de aire. Al pasar silenciosa por el dormitorio, vestida con una larga bata de noche, sintió que una voz extraña la llamaba por su nombre.

—Qué haces ahí, pequeña mamá? decia, te he tomado por un gran fantasma blanco!

—Quién me habla así? exclamó Blanca sorprendida, ¿eres tú, Enriqueta? No conocia tu voz.

—Es que me duele mucho la garganta, contestó Enriqueta.

—Ah! Dios mio! prorumpió Blanca espantada y corriendo junto á la niña, y desde cuándo te duele?

—He despertado ahora mismo, dijo Enriqueta cuya voz se alteraba cada vez mas, te he visto, he querido hablarte, y luego... y luego... socórreme, pequeña mamá, socórreme... yo me ahogo! me ahogo! me ahogo... y su voz se extinguió con una especie de estertor.

—Es el crup! pensó Blanca, oh! Dios mio! no me arrebateis esta querida niña!

En seguida, sin perder tiempo alguno, la cogió en sus brazos, la colocó sobre su propia cama, cerró la puerta del gabinete y llamó á Juana.

Al cabo de medio minuto, llegaba esta con los piés desnudos y su jubon en la mano.

—Qué es lo que sucede, señorita? preguntó sin poder casi respirar, cómo me habeis asustado!

—Sanguijuelas! agua caliente! el doctor! gritó Blanca sin responder á la pregunta de Juana.

—Pero, quién ha enfermado? volvió á preguntar la buena muchacha poniéndose el jubon.

—Enriqueta tiene el crup!

—Virgen santa! exclamó Juana, y desapareció como un relámpago.

Una hora despues; el doctor, que habitaba el otro extremo de la poblacion, llegó á toda prisa. Encontró á la pobre niña medio asfixiada. Su semblante estaba sembrado de manchas color de violeta.

—Doctor, dijo Blanca con las manos juntas; ¿he hecho bien en administrarle el emético, sin esperar por vos?

—Si habeis hecho bien, señorita! Ya lo creo. Si alguna cosa puede salvarla, es eso seguramente. ¿Le habeis dado agua caliente?

—Tres vasos; pero ahora la inocente no puede pasar mas.

—Diablo! exclamó el doctor; es preciso darle algunas fricciones en el epigastrio. Y se puso á frotar vigorosamente con un pedazo de franela el tierno pecho de la niña, que se tiñó de un encarnado subido, mientras que Blanca, con un abanico en la mano, trataba de introducir un poco de aire en sus pulmones. De repente la pobre niña lanzó un grito ronco echándose con violencia hácia adelante.

—El emético obra! gritó el doctor. La habeis salvado, señorita.

—Gracias Dios mio! exclamó Blanca fuera de sí, sabrá que me debe la vida de su hermana!

Enriqueta se habia salvado en efecto. Los esfuerzos producidos por los vómitos consiguieron romper la especie de membrana que la ahogaba, y muy pronto una respiracion regular sucedió al estertor.

—Sería muy conveniente cambiarla de cama, dijo el doctor, y aquí hay precisamente una muy á propósito para el caso, prosiguió señalando el lecho que ocupara Estela. Además, nos hace falta una camisa y si pudiera ser la que tuviera puesta otra persona, mejor.

—Voy á daros la mía, dijo Blanca al instante.

Y entró en su cuarto de *toilette*, de donde volvió á salir muy luego con la camisa en la mano y el semblante cubierto de rubor.

—Sois una joven encantadora! exclamó el doctor contemplándola con enternecimiento, bella, decidida y dotada de un noble corazon! Oh! Si él fuese hijo mio!

Y compadecido del embarazo que esta conversacion causaba á Blanca no prosiguió y se puso á mudar él mismo á la niña con una destreza que anunciaba mucha práctica en una operacion que comunmente dejan los médicos al cuidado de los enfermeros. Blanca entre tanto preparaba la cama. Cuando estuvo todo arreglado, el doctor levantó á la enferma en sus brazos y la colocó con precaucion en el lecho de Estela.

—Esto ha sido muy bien pensado, dijo la traviesa niña, que volvía á recobrar con la vida su natural malicia. Voy á dormir tambien en el gabinete: el señor doctor lo manda así.

Estas eran las primeras palabras que pronunciaba despues de tres horas, y ellas la retrataban perfectamente.

En este momento sonaban las seis en el reloj del colegio. El primer golpe despertaba invariablemente á la inglesa y el último la hallaba ya en pié.

—Up! up! up! Children! (Arriba, niñas!) gritaba midiendo á largos pasos el corredor que separaba las dos hileras de camas que habia á lo largo del dormitorio.

Al llegar al lecho que ocupaba ordinariamente Enriqueta dió un grito de sobresalto viéndolo vacío.

—¡Enriqueta! ¿Dónde está Enriqueta? exclamó con estupor.

En el mismo instante se abrió la puerta del gabinete de Blanca y el doctor, vestido á la ligera como habia venido, apareció en el dintel. Blanca le seguía cubierta con su larga bata de noche y los piés desnudos metidos en unas pantuflas de terciopelo negro.

—Qué quiere decir esto? volvió á exclamar la inglesa en el colmo del espanto, ¡oh! *Schocking! Schocking!*

Y levantando la sobre-cama del lecho de Enriqueta, se metió dentro como una liebre asustada.

—Vieja doncella del diablo! murmuró el doctor entre dientes, no hubiera sido ella seguramente la que me hubiera dado la camisa!

Y haciendo un movimiento de hombros y saludando afectuosamente á Blanca, se fué.

—Enriqueta tiene el crup! Enriqueta tiene el crup! Estas palabras circularon muy pronto por el dormitorio y sembraron una verdadera consternacion, porque la linda niña tenia el talento de hacerse amar de todo el mundo.

Blanca al volver á entrar en su cuarto, encontró á la enferma dormida. Se sentó á la cabecera de la cama, esperando el momento en que despertase, con objeto de hacerla beber la pocion prescrita por el doctor. Pero la niña estaba tan tranquila y el silencio que reinaba en toda la casa era tan profundo, que la joven, llena de emociones y de fatiga, inclinó su cabeza sobre la almohada de Enriqueta y se durmió tambien.

Un ligero ruido la despertó al cabo de dos horas. Abrió los ojos y vió á la señora de Courtel y al doctor que la contemplaban con ternura.

—Ah! señorita! exclamó la señora de Courtel estrechándola en sus brazos, cuánto os debo! El doctor me lo ha contado todo. Recibid las gracias y las bendiciones de una madre.

—Nada me debeis, señora, replicó Blanca ruborizándose, si supiéreis cuánto quiero á Enriqueta!

—Y yo! repuso la señora de Courtel, sería necesario saber tambien el cariño que profeso á esa niña, para comprender como os amaré á vos que me la habeis conservado! Cuando pienso en que sin vuestra acertada prevision, sin vuestra animosa iniciativa mi hija estaria quizá muerta!

—Ah! señora, vos no tenéis como yo, dijo Blanca con una dulce sonrisa, la responsabilidad de cuarenta pequeñas gargantas amenazadas constantemente por el crup. Pero creedme, si alguna cosa puede aumentar el placer que me ha proporcionado el haber contribuido de algun modo á la salvacion de esa querida niña, es seguramente el testimonio de vuestro reconocimiento.

—Oh! sois un ángel! exclamó la señora de Courtel, abrazándola de nuevo.

En este momento entró Juana en el cuarto con una taza de té en la mano.

—He aquí, dijo el doctor á la madre de Enriqueta, una buena y leal muchacha que tiene derecho á una mencion honorífica por haber venido á buscarme á las tres de la mañana, sin tomarse siquiera tiempo para ponerse los zapatos.

—Digna muchacha en efecto, exclamó la señora de Courtel estrechando la mano de Juana y dejando en ella una moneda de oro.

Aunque esta conversacion se sostenia á media voz, acabó por despertar á Enriqueta sin embargo.

—Ah! Eres tú, mamá? dijo con sorpresa. Pero, donde estoy? En la cama de Estela! Oh! si, si, ya me acuerdo, añadí de repente llevando sus dos manos á la garganta, el fantasma! el fantasma blanco! Las sanguijuelas! el doctor! Ay querida mamá, cuanto ha sufrido tu pobre Enriqueta!

—No hables, ángel mio, interrumpió su madre con las lágrimas en los ojos, ya me lo contarás todo mas adelante. Bebe esta saludable tisana y permanece quietecita.

—Pero si ahora no me duele nada, repuso la pequeña, y luego, se está aquí tan bien, continuó mirando á Blanca.

—Si hablas, dijo ésta, te vuelvo á mandar al dormitorio.

—Vamos, ya voy á dormir, añadió la traviesa niña volviéndose hácia la pared y remedando la respiracion de una persona dormida; pero, muy pronto, cogida en su propia red, se durmió realmente.

—Déjemosla, propuso el doctor, esa es la mejor de las tisanas.

Y todos salieron de la habitacion caminando en las puntas de los piés.

Al llegar á la puerta, la señora de Courtel detuvo á Blanca que se disponia á acompañarla.

—Retiraos, querida mia, le dijo volviendo á abrazarla cordialmente, estais muy cansada. A la tarde vendré otra vez á veros con mi marido.

Y salió con el doctor.

—Decidme, señorita, preguntó Juana enseñándole á su ama la moneda de oro que acababa de recibir, esta puede guardarla, no es verdad?

—Sin duda, amiga mia, respondió Blanca, esa la habeis ganado bien.

—Y vos, señorita, vos sí que vais á tener un gran regalo de los padres de Enriqueta! Toma! Ya lo creo! Os debian encender un cirio!

—Oh! Yo estoy pagada suficientemente, dijo Blanca.

—Eso es bueno! Porque? Porque esa señora os ha abrazado tres veces? Mirad, señorita, yo no soy rica, pero, á fé de muchacha honrada, daría con todo mi corazon esta *amarilla* por abrazaros una vez sola.

—Y bien, mi querida Juana, ese placer os lo quiero

(1) Mr. Dory encuentra exagerado este número.

(2) Dory, *Recherches*, 11, 388 y 339.

dar gratis. Tambien os debo yo una recompensa por lo acertadamente que habeis secundado mis esfuerzos.

Y puso al alcance de la gruesa muchacha su pálido y dulce rostro.

Esta aplicó sus labios sobre él con tanto fervor y respeto, como si besara los piés de Jesucristo el día de Viernes Santo; y marchó luego conmovida hasta derramar lágrimas.

REMIGIO CAULA.

(Se continuará.)

EL INSOMNIO.

Le conocéis? es mística su mirada,
De pálido semblante, triste ceño:
Una sierpe en su diestra va enroscada
Para ahuyentar con ella el dulce sueño.

Con cautelosa planta, sin reposo
Agitarse le veis al pié del lecho:
Nada hostil en su porte misterioso,
Y lo mirais no obstante con despecho.

Yo le observé sin cólera y sin miedo,
Osada interrogarle proyectaba,
Mas me impuso silencio con un dedo
Mientras con triste risa me miraba.

Pugnaba por hablarle, mas en vano,
Contemplando su enérgica figura,
Con su siniestra y afilada mano
Replegó su flotante vestidura.

Sacó de entre sus pliegues al momento
Con misterioso afán negra varita,
Tocó mis ojos, y con triste acento
Dijo con lentitud:—Cállate y medita.—

Forzada á obedecer cerré los ojos
Y entonces en confuso torbellino
De mi imaginación en los antojos
Frente á frente me ví con mi destino.

Paso atrás, el sendero de mi vida
Ora cruzaba en rudo desvarío
Ó al espacio lanzándome atrevida
Buscaba errante el porvenir sombrío.

Paso á paso, vagaba por mi mente
El múltiple Coloso del pasado
Y una gota de hiel bañó mi frente
Al encontrar un bien, que fué soñado.

Dejadme! porque el pecho palpitante
Quiere lanzarse en pos de su tesoro!
Y el tiempo ineficaz en su calmante
No es capaz de enjugar mi triste lloro.

Treguas doy al pesar; cierra su herida
Latente el corazón y se engrandece:
Aún me atrevo á esperar: misera vida!
Quiero el goze alcanzar y desaparece.

Luego de mi letargo salgo ansiosa:
Busco despavorida al visitante,
Allí estaba: su vista luminosa
Fascinó mi pupila delirante.

Rompo el lazo invisible que contiene
Mi firme voluntad, y me incorporo.
—Tirano! murmuré; no te detiene
Mi tácita tortura ni mi lloro?

Aléjate: que el sueño bendecido
Sin tu odiosa presencia me acudiera
Y en sus brazos el pecho dolorido,
Treguas á su penar luego tuviera.

Arrepentíme luego: su apostura
Hizo flotar su místico ropaje,
Sonó su voz en nota mal segura,
Sin permitir que su palabra ataje.

—"Misera! tu ansiedad y tu congoja,
Tu estéril suspirar, tu desvarío:
La amarga gota que tus ojos moja
Quieres que calme con el sueño impío?"

"Cuando cierra tu párpado el cuitado
En febril impresión tu mente loca,
Cual és tu despertar? qué habrás ganado,
Si el pesar con mas fuerza te sofoca?"

Alza la frente, mírame, lamenta
Conmigo tu sufrir, pobre aflijida:
Yo el bálsamo daré con que sustenta
Su frágil existir el alma herida.

Dijo, y mi ser en lánguido desmayo
Busca el apoyo de su mano fría:
Mas de la aurora el nacarado rayo,
Vi consternada que anunciaba el día.

—Adios! me dijo: que esa luz me aleja;
Queda en buen hora con tu sueño amigo;

Si el pensamiento alguna vez te aqueja,
Aquí me encontrarás, cuenta conmigo.

ANGELA MAZZINI.

LAS ILUSIONES.

Ay! son las ilusiones
lo mismo que las auras.

SELGAS.

A dónde vas tan lijera,
nubecilla nacarada,
cuando el sol apenas nace
tras las enhierras montañas?
¿Porqué si cruzas del viento
las regiones azuladas
no te detienes un punto
entre los brazos del aura?
Cruzando el espacio sigues,
ya la vista no te alcanza...
¿A dónde vas, nubecilla,
nubecilla nacarada?

Arroyuelo cristalino,
que entre rosales y acacias
te deslizas murmurando
sobre los musgos que bañas,
las flores que en tí se miran
forman graciosas guirnaldas
por cautivar tu corriente
serena, apacible y clara;
pero en vano, que tú sigues
siempre rápido tu marcha...
Arroyuelo cristalino,
A dónde llevas tus aguas?

Brisa que en el broche cándido
de la dulce flor derramas
puras gotas de rocío
cuando apenas nace el alba.
¿Porqué en la arboleda umbría
incierta y trémula vagas,
cuando en las hojas te pierdes
y gimes entre las ramas?
Y cuando el sol en el zénit
sus rayos de fuego lanza,
dónde vas, brisa lijera,
que en vano la flor te llama?

Brisa, arroyo y nubecilla,
sois ilusiones del alma,
que en la aurora de la vida
pasais como nubes rápidas,
hermosas como el arroyo,
aéreas como las auras.
Flores que nacen risueñas
en el vergel de la infancia,
que el primer amor coronan...
y que el desengaño mata.
¿Dónde van las ilusiones,
que no vuelven cuando pasan?

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Ah! es de esta manera como vosotros trabajais? Bien se conoce que no teneis á nadie que os vijile, exclamó ella. Lástima de pan que se os da, y que no lo ganais; sino que nos lo robais como unos rateros!...

—Dispensadnos, señora!... dijo el mas viejo de los dos obreros; nosotros hemos trabajado activamente, y nos extraña oírnos llamar rateros!...

—Osais replicar!... barbotó ella!... holgazan, hipócrita... que solo sabeis engañar á mi marido!... á la calle y pronto... sin excusa; y no esperéis que Mr. Pottewal os permita volver. Esto ha concluido... buscad otro amo que os dé trabajo. ¿Lo habeis entendido? Salid; ya os lo he dicho.

El viejo jornalero, con la cabeza baja y las lágrimas en los ojos, abrió silenciosamente la puerta del almacén y salió á la calle.

—Y vos, dijo al otro que habia tornado á su trabajo; tened cuidado que si os sorprende ocioso seguireis el mismo camino.

Teresa volvió á la sala, repitió su impaciente paseo y se dejó caer al fin en una silla. Sus ojos lanzaban rayos y de sus apretados labios se escapaba una sonrisa llena de amarga ironía.

La criada pasó la cabeza por la entreabierta puerta y dijo:

—Señora, ya viene Mr. Pottewal; le he visto al fin de la calle.

—Está bien; quedaos en la cocina!... respondió la dama sin moverse; pero tan pronto como se vió sola se levantó y se dirigió hácia la puerta con mirada amenazadora.

Desde el vestíbulo su marido exclamó con un tono de inmenso júbilo:

—Teresa!... querida Teresa!... traigo buenas nuevas!... y en el momento de pisar el dintel abrió los brazos para abrazar á su mujer.

—Teresa!... añadió; estoy muy contento; y soy feliz con la idea de que vos lo estareis tambien. Hoy he ganado diez mil francos. El júbilo me a...

Interrumpió su frase al ver el rostro de su mujer que revelaba una cólera espantosa.

—Ay! Dios! dijo suspirando tristemente; siempre lo mismo!... estaré yo condenado á ver siempre en torno de mí malas caras y gestos desagradables?

Cayeron sus brazos y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Teresa, cuyos labios temblaban, le miró con una sonrisa llena de amenazas. No dijo palabra y sin embargo parecía contemplar con placer su abatimiento.

Pottewal levantó la cabeza y dijo con acento triste y plañidero:

—Pero, amiga mia, cómo podeis estar siempre tan disgustada? Tened siquiera piedad de mí, porque me causa un profundo pesar vuestro frío recibimiento. He hecho un buen negocio, he ganado diez mil francos y cuando lleno de alegría, con el corazón palpitante, no por el dinero, sino por la idea de agradaros, vengo á traer tan grata nueva me acogeis así! Yo hubiera querido tener alas para volar á vuestro lado, pues abrigaba la esperanza de veros sonreír satisfecha y apenas pongo el pié en los umbrales de mi casa, cuando vuestro desagradable rostro mata todo el júbilo de mi corazón. Vamos, Teresa... sed un poco mas amable conmigo.

—Hipócrita!... refunfuñó su mujer temblando de cólera; hipócrita que se divierte en francachelas fuera de casa y viene luego haciendo el papel de tímido cordero, osando implorar piedad de la víctima de su bajo egoísmo.

—Por respeto á nuestro nombre, Teresa, no hableis así; suplicó Pottewal; la criada podía oírnos.

—Nuestro nombre!... murmuró ella; ojalá no le hubiese conocido nunca y no estaria aquí desolada y aburrida mientras vos bebeis, reis y os divertís con malas compañías. ¿Se pasa muy bien en Bruselas, no es cierto? Se encuentran buenos amigos y mujeres alegres; y sobre todo hay un delicioso champagne!... Es preciso olvidar á la mujer que nos cansa y enoja buscando lejos de ella los placeres; ¿no es esto hombre sin alma?

Pottewal comprendió á estas palabras que su mujer queria reprocharle ciertas cosas que se figuró adivinar. Esto le tranquilizó un poco y se animó con la esperanza de que algunas explicaciones sinceras calmarian la tempestad.

—Vamos, Teresa, hablemos claro; vos teneis algo que os pesa, decídmelo francamente y si yo hice mal, me arrepentiré y os pediré perdón.

—Oh! esto es para tener un ataque de apoplejia! gritó M.^{me} Pottewal que se estremecía realmente de impaciencia en vista de la sangre fría de su marido. Hubiera dado cualquier cosa por verle enfadado; pero estaba tranquilo, dulce, sumiso.

—Hombre falso!... inícuo!... repuso ella; es bien fácil con esa hipocresía hacer creer toda clase de mentiras á una inocente mujer y reírse luego de su credulidad!...

—Yo quisiera saber, Teresa, de qué me acusais.

—Hace mucho tiempo que no habeis visto á Ernesto Decock?

—Antes de ayer le ví y le hablé.

—Y porqué me lo habeis ocultado?

—Por evitaros ese disgusto, Teresa.

—Embustero!... y es tambien por evitaros disgusto por lo que habeis estado mas de dos horas con él, sentados en la misma mesa, y muy en armonía en la plaza de la Moneda?

—Es bien sencillo; yo me hallaba delante de la puerta del café, cerca de la bolsa hablando con algunos mercaderes de granos, cuando pasó Ernesto por la plaza de la Moneda, me vió y vino á sentarse á mi lado para preguntarme por vuestra salud y la de vuestros padres.

—Y vos sin duda os quejaríais de vuestra mujer lamentando los pesares que os causa?...

—Qué ideas!... Ernesto estuvo apenas cuatro minutos conmigo, y solo me habló de su mujer y de su hijo...

—Y esas gentes tienen ya un hijo?... exclamó Teresa; por eso os hablan, por daros envidia, y vos no lo conocéis; pues bien: yo no quiero que cambiéis en público con Ernesto ni una sola palabra, lo entendeis? os lo prohibo. Y guardaos de ir á Schaerbeek.

—Corriente; satisfaré vuestro deseo, Teresa, por mas que me cueste trabajo mostrarme descortés y ridículo: pero estad contenta y seamos amigos.

—Amigos!... repitió con áspero tono y con risa desdeñosa. Ah! Vos creéis que todo está concluido? No; aun teneis otras muchas cosas de que acusaros. ¿No volveréis á cenar en casa Dubos? A cantar á reír y á pasar la noche en francachelas con vuestros amigos de desórdenes, malgastando una centena de francos en una hora? Cruell!... cuando yo me desvelo aprovechando un tiempo precioso para doblar vuestra fortuna, vos no me ayudais y permanecéis ocioso, sin emprender ninguna cosa útil; pasando los días en diversiones y gastando un dinero que debierais conservar con mas cuidado; viniendo á decirme con rostro hipócrita que habeis cenado á expensas de un comerciante de Anvers, engañándome cobardemente!... Para esto no os falta valor!...

Pottewal parecia muy afligido. Sacudió penosamente la cabeza y dijo despues de una corta vacilacion:

—Yo hice mal, en efecto, al ocultaros esa cena; pero como os enfadais tan pronto, y tomais una fuerte incomodidad por la menor palabra... callé por temor de disgustaros; y ello en sí no significa nada; yo estaba en la bolsa conversando con un mercader sobre el contenido de un artículo del código de comercio, y dejé escapar estas palabras: "apuesto lo que querais"—"Una cena en casa Dubos, con diez amigos," me respondieron. El código me dejó mal, y perdí; podia yo retirar mi palabra y retroceder delante de todo el mundo? Estas cosas se miran mucho entre comerciantes.

—Ved aquí lo que sois!... apostar cosas que no se saben! os dejais engañar, y se burlan de vuestra inocencia... ¿Y cuánto os ha costado ese real festin y esa lluvia de champagne? No mintais; pues ya veis que lo sé todo.

—Francamente, Teresa; ciento sesenta francos.
—Ciento sesenta francos!... Dios mio!... exclamó ella; ¿comer en un solo dia lo que se gasta en casa durante un mes!...

—Pero yo acabo de ganar tambien en un dia diez mil francos, Teresa. Vamos, olvidad eso que ha pasado ya y no tiene importancia.

—Y qué ibais vos á hacer en Wauxhall, miserable!... preguntó ella con un nuevo acceso de cólera.

—Fuí allí, despues de cenar, á pasearme con mis amigos.

—Y vos llamais pasear á estar sentado dos horas enteras junto á una mujer de mala reputacion?

—Una mujer de mala reputacion!... repitió Pottewal con penoso asombro. ¿M.^{me} Dools tiene mala reputacion? Las gentes mas honradas y mas respetables de todo el...

—Sí, sí; exclamó riendo Teresa; ahora pareceis confundido y os enfadareis, no es eso? Ya he hallado la cuerda sensible. ¡Esto es afrentoso!

—Porqué ha de ser afrentoso?... Yo encontré en Wauxhall á Mr. Dools y le estreché la mano como á un antiguo y buen amigo. ¿Y os sorprende que haya saludado igualmente á su mujer?

—Habeis estado dos horas enteras conversando muy familiarmente, demasiado familiarmente con ella.

—Algunos minutos.

—Dos horas enteras.

—Dos minutos!... M.^{me} Pottewal, dos minutos, y era con su marido con quien yo hablaba. Vuestras indignas sospechas me hacen temblar de indignacion; exclamó el pobre hombre profundamente ofendido.

—Falso egoista!... continuó su mujer. Mientras que yo trabajo y me consumo en una eterna soledad, creyendoos ocupado en vuestro comercio, vos buscáis la alegría en el champagne, y os divertís, cantais, reís, y os olvidais indignamente de la que pasa su vida en la casa sin diversiones ni placeres. Pero esto tendrá su término; vos ireis á Wauxhall, á sentaros cerca de la primera mujer que os sonria, y os divertís con la frívola charla de una coqueta!... Ah! Pottewal!... Pottewal, no me dejes creer lo peor, pues tendreis memoria de mí!...

—Oh! esto no puede soportarse!... ¡esto ya pasa de raya!... Es preciso que tenga término esta vida angustiosa; exclamó Pottewal irridadísimo.

—Sí, estremeceos; dijo Teresa con sarcasmo; enrojeced de cólera porque he puesto el dedo en la llaga; vuestra cólera, señor, es un nuevo y sangriento insulto para mí.

Pottewal cruzó los brazos sobre el pecho y miró fijamente á su mujer con ojos espantados. Estaba propenso á una ira violenta y se preparaba á desahogar su corazon diciendoduras verdades. Con voz sombría exclamó al fin.

—Un ángel perderia su paciencia!... Y qué, señora, ¿será cierto que os hayais propuesto matarme á disgustos? Desde el primer dia de nuestro matrimonio hice todo lo que era posible para agradaros, expié la menor mirada de vuestros ojos para leer un deseo que yo pudiera satisfacer; me sometí á vuestra voluntad como un débil niño con la sola esperanza de ver nacer una sonrisa en el rostro de mi compañera... Pero nada; siempre ese gesto desagradable, siempre palabras amargas!... Hablad, interrumpidme si quereis; la medida está colmada; yo seguiré así el tiempo que me plazca, ya os lo dige!... ¿No teneis nada de que acusar á mis antiguos amigos? ya los dejé por vuestro gusto; me hicisteis vender mis caballos, en el momento de comprender que empezaba á tomarles el gusto; el alejamiento de mis perros de caza me ha sido ya indicado; esos animales hediondos como los llamais, señora, ellos no pueden quedar en casa porque vuestro marido los ama y se divierte. ¿no es esto? Hay un viejo criado en el almacen, que ha servido á mi padre, á quien yo quiero y por ese solo motivo le colmais de injurias al infeliz!...

—Y acabo de despedirle hace una hora.
—Despedirle!... ¿vos le habeis arrojado de casa? repitió Pottewal con los labios contraídos. ¡Oh! esto lo veremos.
—Si él vuelve á poner el pié en la casa saldré yo para siempre.
—Oh! él no sucumbirá á la miseria mientras yo viva; él ayudó á ganar mi fortuna á mi padre y prometo que no les faltará el pan ni á él ni á sus hijos.
—Será cierto?... Vos le socorrereis? qué inícuo proceder!... rechinó Teresa.
Quizá por la primera vez de su vida Pottewal estaba realmente enfadado; la violenta emocion que sufrió le produjo un efecto espantoso, dando elocuencia á su palabra, y al conservarse dueño de sí mismo, presentaba mas digna y mas severa su autoridad.

—¿Os parece horrible, señora, dijo él, que yo no quiera olvidar los leales servicios de un antiguo criado y no encontráis inícuo vuestra conducta para conmigo? ¿No os basta haberme condenado á una vida de perpétua intranquilidad, prohibiéndome todo lo que me agrada; sino que aun enviais expías tras de mí? No parece sino que temeis alguna accion bochornosa!... mas no; vuestro solo objeto es emponzoñar mi vida, no dejarme un instante de reposo en la tierra... Vuestro carácter es incomprendible; os repugnan el afecto, la paz, la amistad, la alegría, y solo estais satisfecha, cuando habeis disgustado á los demás y á vos misma. Esto no puede quedar así; siento enardecerse mi cerebro, y no quiero soportar mas tiempo esta insufrible tiranía. Mis amigos me dicen que adelgazo visiblemente y acabaria por enfermar, por volverme loco quizá!... ah!... no, no; eso no, señora.

M.^{me} Pottewal, durante este expansivo desahogo de su marido, se habia mostrado colérica y violenta dirigiéndole toda clase de apóstrofes; pero él no se dejó interrumpir, hasta que ella para calmarle y reducirle al silencio, le dijo que la criada los podia oír; pero ya este temor no pareció inquietarle mucho y elevaba mas la voz cuando su mujer pretendia alzarla tambien.

—Bárbaro!... hombre sin alma!... en lugar de arrepentiros de vuestra conducta, acusais á vuestra víctima!... Habeis concluido? ¿No teneis mas falsedades que echarme en cara?
—Todavía una palabra, señora; escuchadme, pero tenedlo presente, porque no quiero decirlo mas que una vez. Nosotros nos hemos casado sin amor y sin ninguna inclinacion el uno al otro; en lo que á mí concierne yo hubiera podido amaros y ser felices; pero vos rehusais todo afecto buscando solo discordias y querellas sin fin. Pues, bien: ¿sabeis cuál es el único medio de establecer la tranquilidad? Uno de los dos debe mandar en gefe; reinar completamente sobre su esclavo; el otro debe ceder, someterse, humillarse, pasar por todo. Hé aquí, señora, la fatal ley que impera en el matrimonio cuando se hace imposible el amor; vos la provocais, sea; yo soy el hombre y seré el amo; bueno, amable, indulgente si lo quereis; pero inexorable, y cuidado con que oséis desconocer mi legítima autoridad!

M.^{me} Pottewal estaba pálida de estupor y de cólera; jamás habia visto á su marido expresarse con tan enérgica decision y el temor de encontrarse con bastante valor para cumplir su propósito penetró en su corazon. Las lágrimas comenzaron á brillar en los ojos de M.^{me} Pottewal y dijo con una voz trémula por la inquietud y el terror:

—¡Ah! ¿vos seriais capaz de martirizarme hasta morir? ¿pondriais el pié sobre mi cabeza

rompiéndomela como un frágil vaso? Ah! no, verdugo sin misericordia, no tendreis ese placer. Mañana me irá á casa de mis padres, como una infeliz repudiada, rechazada por su marido. Toda la villa sabrá que sois un infame asesino, y mi padre no dejará sin venganza á su desgraciada hija. Esto es preciso por escandaloso que sea para nuestra familia: pero la ley os quitará todo derecho sobre vuestra mujer... Ah! ya bajais la cabeza?... ¿os espanta la perspectiva de no tener á quien hacer vuestra víctima?

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL POLVO.

APÓLOGO.

Una ráfaga de viento
En el aire levantó
Un leve átomo de polvo,
Que del suelo arrebató.
Al verse tan alto el polvo,
Lleno de orgullo exclamó:
"Ya del suelo sublimado
No me pisarán, ya, no.
A dominar voy la tierra
Desde la altura en que estoy,
Y á mis plantas verá el hombre,
Que orgulloso me pisó:
¡Viva el aire! viva el viento
Que á tanta altura me alzó!"
De repente negras nubes
La luz ocultan del sol:
Y rasgándose á la tierra
Lanzan un chubasco atroz,
Y envuelto en él torna el polvo
Al lodo de que salió.
Revuelta una sociedad,
Alza la revolucion
A un osado, á un ignorante
Y le da poder y honor;
En breve, para escarmiento
Del mundo, decreta Dios
Que en el lodo torne á hundirse
El que un momento brilló!

EL CONDE DE FABRAQUER.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 91.

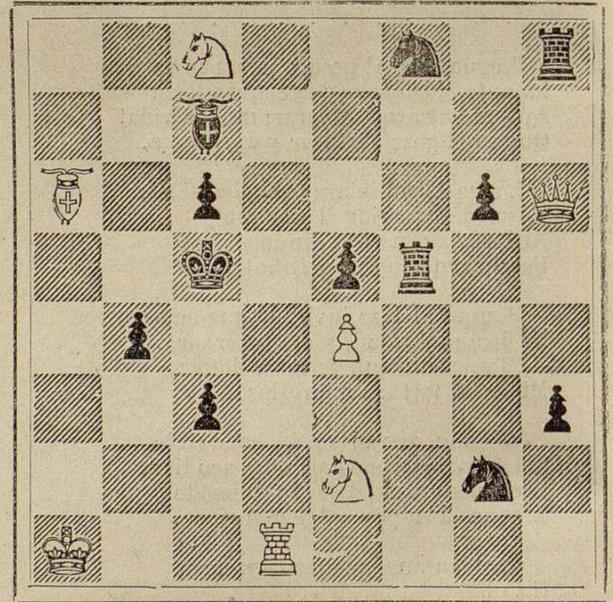
Blancas.

Negras.

- 1.ª C. 5.ª R. R. 5.ª A. R.
- 2.ª R.ª 2.ª C. R. T. 6.ª A. R.
- 3.ª C. toma T. R. 5.ª A. R.
- 4.ª C. 5.ª R. jaque. R. juega.
- 5.ª C. 6.ª C. R. ó R.ª 5.ª R.ª jaque-mate.

PROBLEMA N.º 92, COMPUESTO POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

- N.º 1. Sombrero de paja guarnecido de rosas y de trenzas de terciopelo negro, sugetas por detrás con una rosa.
 - N.º 2. Sombrero redondo enrejado, enteramente orlado de follages metálicos con frutos.
 - N.º 3. Sombrero de bordes redondeados, adornado con una larga rama de rosas cayendo por detrás.
 - N.º 4. Sombrero de paja orlado con ramas de lirio de los valles.
 - N.º 5. Sombrero de paja blanca con largo fleco de plumas blancas por detras; en lo alto de la cabeza una gran rosa blanca.
- SOMBRERO PARA NIÑA. Este sombrero es de alas pequeñas adornadas con vellotillas.
SOMBRERO PARA NIÑO. Es de paja negra, guarnecido de cinta encarnada.

LIBRERO, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRINTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

EL SALTO DEL CABALLO.

	Me	so	Pe	Tu	ta	vez	al	po	
	ro.	te,	gus	una	ro	cuer	ver	si	
da,	fren	can	ra.	ro	go	on	Qué	flec	te
Me	pi	Que	tu	be	cho	al	ble	Tu	queda
tu	ra	lle	mu	an	'oi	ro	ma	Si	ver?
sus	ve	voz	ca	tu	quie	helo	tu	mi	ve
ai	ro	mi	mi	elo	Si	lan	mue	mas	de
bre	tu	ri	te	te	Porque	Y	ro;	vien	Son
mi	te	dejo	ra	tu,	cuen	to	pues	do	Cie
por	mano	no	pi	La	da	des	el	ri	Me
	frir	tu	tu	Cuan	ce	de	ma	lo.	
	es	do	su	ver	En	sa.	pla	Si	

Principia en la casilla que tiene la sílaba Si y concluye en la que contiene la sílaba lo.